

## EL CUARTO DE BAÑO, UN LUGAR PARA EL ASEO Y LA INTIMIDAD

El lugar del baño y el acto de usarlo fue incorporado a nuestra cultura como un espacio para la intimidad. Pero no podemos dejar de recordar que aun en las cortes europeas como la de Versalles entre muchas otras Luís XIV cumplía sus higiénicas funciones sentado en un inodoro portátil rodeado de miembros seleccionados de su corte con los cuales discutía los temas del Estado.

Buenos Aires también tuvo que afrontar la necesidad de resolver estas cuestiones y por mucho tiempo el famoso “agua va” regó las calles porteñas. El Virrey Vertiz, sensible a los problemas urbanos, tuvo la intención de procurar salubridad prohibiendo arrojar a la calle agua de las letrinas, desperdicios y basura. No tuvo demasiado éxito y muchos espacios públicos como la actual Plaza de Mayo eran un barrizal con desperdicios que se pudrían al sol. El agua provenía del Río de la Plata abastecida por los aguateros, o de los pozos hechos especialmente para recoger el agua de lluvia. En las casas, el excusado se encontraba en uno de los patios más alejados, esto en las casas de cierta importancia, en las otras y hay planos que así lo muestran el citado común, también colocado en el patio convivía con un pequeño corral y con las habitaciones más privadas como el dormitorio de los habitantes.

A fines del siglo XVIII hubo intentos de establecer sistemas de provisión de agua más adecuados pero fracasaron. Después de 1810 el gobierno hizo venir a estas tierras a profesionales europeos para que con sus conocimientos ofrecieran soluciones a los problemas que afectaban a Buenos Aires. En 1829 el ingeniero Carlos Enrique Pellegrini propuso la creación de un sistema de bombeo y distribución de agua extraída del río que tampoco se realizó. Más tarde se creó un sistema de agua purificada que desde la zona de Recoleta llegaba hasta la Plaza Lorea donde desde un tanque se la distribuía hacia la estación del Ferrocarril del Oeste lugar en que hoy se levanta el Teatro Colón ya que era imprescindible para el funcionamiento de las locomotoras, gracias a esto algunos vecinos se beneficiaron también con agua limpia y segura.

Pero es necesario recordar que no todo era como hoy, el cuarto de baño se ubicaba en un lugar alejado de la casa, continuando con la costumbre del uso de escupideras, tal como en estas tierras seguimos llamando a las bacinillas, que evitaban en las noches hacer el trayecto hasta los confines de la casa. Estos recipientes de loza, porcelana o chapa esmaltada se presentaban con una elaborada y colorida decoración aunque también podían ser de un solo color como el higiénico blanco. Algunos diseñadores fabricaron bacinillas muy curiosas. El Museo de la Ciudad posee una con una caja musical en su base, que suena con una canora melodía al sentarse sobre ella. En los inquilinatos, un sector del patio común se destinaba a la batería de duchas y retretes lo que provocaba más de una discusión y largas esperas para poder ser usados.

Con el transcurso de los años los cuartos de baño fueron haciéndose más cómodos y funcionales gracias a nuevos equipamientos que el mercado local ofrecía. Los artefactos sanitarios como inodoros, bidets, lavatorios y bañeras se hicieron indispensables en la vida de la ciudad. Desde los primitivos inodoros, cuya historia pasó por varios intentos de distintos inventores, hasta el sistema que aún usamos pasaron largos años. Fueron los británicos quienes más innovaciones aportaron a las obras sanitarias con sus sistemas de cañerías, desagües, cámaras y cloacas que nos permitieron una higiene segura y práctica, recordemos que la palabra cloaca proviene del latín “cloare” que significa limpieza. Los inodoros llegaron a Buenos Aires a partir de 1870, en distintas versiones o sistemas, pero su difusión se intensificó a finales del siglo cuando la comuna obligó en 1887 a instalarlos en casas, comercios, lugares de uso público, etc. El bidet, tan común entre nosotros pero inventado en Francia, así como sofisticados sistemas de ducha llegaron a las casas de la ciudad. Estos artefactos, importados por años, fueron una preocupación para la industria nacional que con los adelantos propios de toda tecnología también fueron incorporados a ella.

Casas de comercio sanitario se instalaron en los barrios, una de ellas la firma Heinlein y Cía. “La Higiene Moderna”, tenía su lugar de venta y exposición en el edificio La Inmobiliaria de la Avenida de Mayo 1402 – 1500. Ofrecía todo lo último, moderno y novedoso que se hubiera creado bajo su marca “Iris”. En su catálogo podemos ver su línea de bidets con nombres de ríos como Tíber, Orinoco o Pilcomayo e informaba que “sus bordes son de un ancho conveniente, resultando un cómodo asiento y por su interior pasa agua caliente de manera que lo deja a una temperatura suave no experimentándose la desagradable sensación del frío”. Las grandes tiendas como Gath Y Chaves vendían líneas de artefactos para baño: calentadores, bidets portátiles, etc.

Los fuentones, las palanganas y bañeras de cinc fueron dejándose de lado y los calentadores de alcohol o eléctricos se instalaron en los baños. La llegada del gas y su difusión a partir de la segunda mitad del siglo XX dotó a los cuartos de baño de una comodidad mayor.

Parafraseando al viejo adagio, mucha agua ha pasado bajo los inodoros, bidets, lavatorios y bañeras porteños, hoy casi no reparamos al abrir una canilla o apretar el botón del inodoro (o tirar la cadena como solemos decir a veces), en todo el esfuerzo y trabajo que se invirtieron para hacernos la vida más fácil. Esta muestra pretende dar una imagen de los distintos elementos que poblaron los cuartos de baño porteños en los que nuestros antepasados, al igual que nosotros pasamos mucho tiempo de nuestra vida.

**Eduardo Vázquez**

Junio de 2008